

La reflexión educativa ha de hacerse «científica» concretando de una manera realista sus objetivos, empleando métodos cada día más rigurosos, y en vez de embriagarse, como antaño, con los vinos de una dialéctica enamorada de espirales lógicas, cada vez más sutiles, debe afanarse primordialmente en estudiar la realidad de lo que «es»: lo que es el alumno, no en cuanto «el niño», sino en cuanto *este niño concreto*, cruce de energía e influencias, nudo de gérmenes y posibilidades, nunca aisladas, sino, por el contrario, enlazadas en conjuntos cuyos elementos se condicionan mutuamente, con unas posibilidades que es necesario desarrollar y encauzar para armonizarlas con sus inclinaciones, por una parte, y, por otra, con las oportunidades ofrecidas por el sistema de profesiones y los puestos de trabajo que ofrece la economía del país o la de los conjuntos supranacionales de que el país forma parte a efectos económicos y laborales.

No se ha de inferir de lo expuesto que la Pedagogía debe convertirse en una Física, previa la «cosificación» de sus temas de estudio. Nada sería más opuesto a la razón. La insuficiencia del principio de causalidad para afrontar el estudio de cualquier cuestión relativa a las Ciencias del hombre deponen contra cualquier propensión al «fiscalismo» pedagógico, con motivo mayor si tenemos en cuenta que la educación, por actuar sobre el hombre en vías de desarrollo, pone de relieve con trazo vigoroso la necesidad de un método que tenga muy en cuenta, junto a la lógica de la causalidad lineal, los principios de complementariedad, circularidad y condicionamiento recíproco, que alejan astronómicamente a la reflexión pedagógica de cualquier veleidad «fiscalista»..., aun admitiendo para los accesos fenoménicos, es decir, «exteriores» del proceso educativo, la aplicación del método experimental.

(Terminará en el próximo número)

Sociabilidad y socialización como metas educativas

ISABEL DIAZ ARNAL

*Experto de la Comisión Médico-Pedagógica
y Psico-social del Bureau International
Catholique de l'Enfance*

Recuerdo haber escuchado, hace poco más de año y medio, en unos de los Coloquios celebrados en el Ateneo sobre «Federación de Estados europeos», que la única forma de desarraigar la estructura monolítica de Estado aislado, despreocupado de los Estados colindantes, de sus necesidades y de su prosperidad, era la de fomentar eficazmente una educación social verdadera en los adultos; educación que no había de ser normas o *slogans* más o menos atrayentes sino una real evolución personal de cada uno, en sí y en relación con los demás, empeñados todos en algo común, que no excluía el reconocimiento de ese otro algo que agrupaba a los ciudadanos de otro Estado, educados como ellos para la vida social, y con deseo de colaborar con los primeros.

Confieso que no estaba muy impuesta en estos problemas, pero, sin embargo, me tentó la cuestión puesto que, en el fondo, se trataba de un problema de educación básica de la masa. Por ello, intervine preguntando al ponente (si mal no recuerdo, señor Azaola) si esa labor a desarrollar con los adultos no sería mucho más eficiente y potenciada si se aplicase ya en la educación ge-

neral de los niños normales el procedimiento de la dinámica de grupos que justamente se aplica ya desde hace algún tiempo en muchos países europeos y Estados Unidos. La afirmación categórica y corroboración de mi intervención subrayó la respuesta y casi hubo de exponer el contenido de la dinámica mencionada porque era ignorada por muchos, cuando es un instrumento valiosísimo para el desarrollo auténtico de la personalidad y asimismo para la integración plena y consciente del muchacho en la vida social. (Véase *La dinámica de grupos y su contenido pedagógico*, R. de E., núm. 125, año IX, vol. XLIII, diciembre, 1960. Madrid; pp. 53-60.)

Por otra parte, una experiencia muy reciente, realizada en el pasado curso académico por asistentes sociales finalistas de carrera, puso de relieve la importancia capital del trabajo social de grupo y su radical vinculación al aspecto educativo.

Sociable y socializado, términos ambos manejados y manoseados que vienen a confundirse no pocas veces, involucrando su verdadero sentido y dando lugar a equívocos lamentables. Un mu-

chacho puede muy bien ser sociable y no estar maduro respecto de su socialización y, por el contrario, se puede estar socializado, es decir, estar integrado consciente y activamente en la vida social, aunque se sea más o menos sociable.

La socialización es una meta a la que debe tenderse siempre, pedagógicamente hablando; la sociabilidad se queda en el plano de las cualidades humanas, que, como tales, pueden poseerse en mayor o menor grado, pero que no tiene entidad para constituirse en meta a alcanzar. No obstante, cuando la primera (madurez social del individuo) resulta inaccesible como meta para un sector de sujetos con características diferentes de la generalidad—como desgraciadamente sucede—se favorece la segunda (la sociabilidad), como único recurso para acercarlos a la madurez relativa en la vida social. Pero esto último es ya una limitación.

En efecto, desde el punto de vista humano, la meta esencial de la acción educativa es el desarrollo de la personalidad y su capacidad de tratar con las demás personas de modo adecuado. Ahora bien, para conocer la personalidad de un individuo es necesario saber las relaciones del mismo con el ambiente en que vive y conocerlas en su manifestación actual y en su desarrollo genético.

Cualquier período de la edad evolutiva tiene importancia grande en el desarrollo futuro de un individuo por el hecho de que, tras una fase evolutiva, se halla otra no sólo en continuidad temporal, sino también en continuidad genética. La adolescencia, aún considerada como uno más de los períodos evolutivos, tiene, sin embargo, una característica que le es propia: «la de ser el último período que precede a la edad adulta, y, por lo mismo, la última oportunidad que se ofrece a padres y educadores de desarrollar y afirmar en los muchachos su responsabilidad de adultos», expresión elocuente del profesor Zavalloni en el Congreso Médico-Pedagógico de la POA en Roma, 1961.

Por si fuera poco, en la adolescencia la vida social toma una nueva dirección; en los sujetos normales, desarrollados armónicamente, se va madurando la sociabilidad. Nótese bien que decimos sujetos normalmente desarrollados porque es *justamente el proceso de socialización, en su estructura y funcionalidad, el que establece diferencia neta entre quienes pueden y deben culminarlo y aquellos otros que no lograrán poseer sino una sociabilidad en el mayor grado posible.*

LA SOCIALIZACION: SU CONTENIDO Y CARACTERISTICAS

Entendida como el proceso a través del cual el individuo se inserta en una sociedad y se adecua a las formas y modo de vida de la misma, la socialización se construye durante todo el curso del

desarrollo. La expansión individual resume en sí todos los factores internos de la socialización. Se trata de una construcción y de una exploración de las relaciones sociales; de una actividad que depende siempre más de la experiencia pero que, sin embargo, está subordinada al grado de desarrollo del individuo. En definitiva, se trata de una expansión individual que conduce a una toma de contacto con los otros y a establecer relaciones sociales con ellos.

La observación empírica muestra que el comportamiento de los individuos en sociedad no puede ser debido solamente a factores físicos, ni a esquemas unívocos y constantes. El comportamiento de un sujeto cambia sobre todo con la edad, pero no simplemente en relación con el crecimiento físico; este cambio depende esencialmente de la actividad personal de un individuo con relación a otro. La actividad personal y la socialización responden, hasta cierto punto, a tendencias opuestas. Lo importante es establecer un equilibrio y una justa proporción entre estas dos tendencias.

La socialización depende del perfeccionamiento y de la conciencia de la capacidad y límites personales, de una parte, y de la exploración de toda una serie de componentes y relaciones, por otra. Por tanto, mediante el conocimiento derivado de la habilidad intelectual y de la acción práctica, el individuo podrá construirse una perspectiva verdaderamente social.

No debe sorprender que esto tenga lugar en general más bien tarde; Nielsen ha buscado en vano, en sus investigaciones sobre la socialidad del niño, una toma de conciencia de los problemas sociales o una construcción de relaciones y de organización. El problema de organización social propiamente dicho parece advertirse más allá de los trece o catorce años.

El proceso de socialización implica la capacidad de adaptación. La realización de esta adaptación está en función no solamente de la acción espontánea del individuo, sino también de sus reacciones frente al mundo ambiental, incluyendo en éste los demás individuos y su actividad. Es preciso tener en cuenta los factores externos al desarrollo, los cuales podrán servir de ayuda o de obstáculo, según las circunstancias.

Hasta qué extremo se hayan sobrevalorado los factores de ambiente en el despertar de la vida social madura apuntada en la adolescencia son buena prueba las afirmaciones de Henri Wallon en el prefacio al número especial de *Enfance* (4-5-1958), el cual viene a decir que el estudio de la adolescencia, de algunos años a nuestros días, plantea una alternativa en la cual los términos tienden a eliminarse el uno al otro. ¿La adolescencia es de origen endógeno o exógeno?

En otras palabras, el período de la existencia que se intercala entre la infancia y la edad adulta responde a transformaciones específicas debidas a la intervención de factores que juegan un papel bien definido en la formación del individuo o es más bien un simple cuadro cronológico en el

que vienen a inscribirse las experiencias que resultan de la situación ambiental en que el individuo se encuentra.

Frente a esta divergencia hay que afirmar que el punto de vista socio-psicológico no debe excluir el biopsicológico; los dos puntos de vista no son antitéticos, sino más bien complementarios. La afirmación de la influencia de las condiciones sociales sobre los cambios psíquicos en el muchacho no implica la necesidad de negar estos mismos cambios, ni de reducirlos a simples mutaciones de su condición social.

Ello quiere decir que las leyes del desarrollo psíquico no pueden ser formuladas sino en relación con el dinamismo del desarrollo social de un individuo, del cual el mismo desarrollo psíquico sufre el influjo.

LAS RELACIONES QUE CONDUCEN A LA SOCIALIZACION

Dejando aparte la serie de cualidades conocidas de todos que caracterizan la transición del adolescente en joven próximo a la madurez psicofísica, la vida de relación asume en este periodo una importancia particular. Sin embargo, no es raro encontrar aquí las mayores dificultades, sobre todo desde el doble punto de vista de las personas que viven fuera del ambiente familiar o escolar o de las pertenecientes al sexo contrario. Muchos muchachos se sienten totalmente incapaces de afrontar con éxito estas nuevas exigencias y acaban por retroceder a formas anteriores de evolución social o por desarrollar formas de conducta de compensación.

Fuertemente sensibles al estímulo social, ningún otro problema parece serles tan importante como el de introducirse en la vida del grupo social. La influencia de éste es muy intensa por responder al deseo del joven de ser aceptado socialmente y de conformarse a las exigencias del grupo mismo.

La *necesidad de amistad* es concomitante con el deseo de conocerse a sí mismo; el amigo es compañero también, y la amistad responde además a la exigencia de defenderse contra la incompreensión de los adultos; la de superar la instancia moral personal sustituyéndola por la instancia colectiva, esto es, por las reglas del grupo.

Un hecho de particular relieve es el siguiente: *la agrupación juvenil impulsa al joven a la autonomía del ambiente familiar*. Podrá investigarse por qué un muchacho abandona el seguro y ya experimentado mundo de la relación familiar para afrontar el mundo antagonista de los compañeros. Se trata de un traspaso de valencias afectivas, de una nueva dislocación del ser. Psicológicamente se ha comprobado cómo el muchacho, después del largo uso de la afectividad

producida por la convivencia familiar, va en busca de nuevo torrente afectivo.

No son raros los sujetos que viven durante este periodo apegados de tal modo al afecto de los padres que llegan a hacerlos inseguros en sus relaciones sociales, momento éste verdaderamente delicado en el proceso de socialización.

Otro rasgo característico *es el espíritu de camaradería*, que es un hecho social elemental mucho antes de ser un sentimiento; la camaradería existía también en los años precedentes en el ámbito de la escuela, pero ahora se experimenta un compañerismo nuevo: *nace el sentimiento del empeño común*.

La *necesidad de aprobación*, de *conformidad*, de *reconocimiento* y de *participación* son los factores que pueden llamarse primordialmente sociales por estar fundados en necesidades que están ellas mismas socialmente orientadas. Estos factores inducen a la formación de grupos sociales como clubs, equipos, organizaciones juveniles que cuadran perfectamente y favorecen la socialización del muchacho. Al participar activamente en estos grupos, desempeñando un papel determinado, asumiendo responsabilidades progresivas, respetando la libertad de los demás y experimentando el respeto de los demás hacia la suya, sin merma de su espontaneidad y sin menoscabo tampoco de la unidad del grupo, los muchachos adquieren muchos de los conceptos fundamentales y de los procedimientos que están en la base de un vivir social próspero.

Es necesario proveerle de ambiente favorable en el cual los sentimientos, los valores, los ideales, los hábitos y vínculos de significado ético-social se aprehendan antes que nada. *La formación de valores*, asociada con el comportamiento de los familiares, es el elemento fundamental de un proceso que durará toda la vida. Estos valores se captan a través del razonamiento y de la reflexión, pero sobre todo a través de la experiencia y de la acción. Responsabilidad que atañe a la familia y a la escuela en la parte que a cada uno corresponde es la de formar en los muchachos una personalidad socialmente adaptada, de modo que, saliendo del círculo familiar o escolar, puedan desempeñar el puesto que les compete en la comunidad de ciudadanos.

Sobre la base de datos experimentales, el muchacho que culmina el proceso de socialización comprende y asimila el que para poder vivir en una sociedad, según una línea de conducta racional, se necesita saber hacer uso de la propia libertad, saber respetar los derechos de los otros y, de modo particular, los de la comunidad.

Este es, en síntesis, el proceso de socialización del muchacho, que, comenzando a los dos meses de vida mediante la risa social ante la presencia humana como reacción específica, busca instintivamente el contacto de las personas cuando necesita ayuda, cuando quiere estar acompañado, al interesarle los mismos juegos o, más tarde, con el lenguaje, para buscar compañía intelectual, para, finalmente, ser capaz de agruparse y

vivir íntima y plenamente la vida de convivencia totalmente adaptado e integrado en ella.

Es, ni más ni menos, la verificación normal de la tendencia a la unificación del ser como fin primordial del hombre como compuesto humano, proceso que tiene lugar por medio de etapas definidas: la de conservación durante la infancia, seguida de la expansión en la adolescencia y culminada por la adaptación en la juventud y edad madura.

Que el paso a través de estas fases se haga con un tipo de conducta social determinada—socialmente dependientes o independientes, socialmente limitado o ilimitados—no significa nada; las diferencias individuales tienen que destacarse siempre. Lo interesante es franquear sucesivamente la evolución progresiva hacia la socialización, hacia la vida social madura.

LA SOCIABILIDAD COMO JALON ACCESIBLE EN LA ESCALA DE MADUREZ SOCIAL

Vista la panorámica anterior y el conjunto de elementos que son necesarios para la verificación natural de la madurez social, no podemos olvidar que en un gran sector de niños y muchachos esta socialización no será posible por diversas causas, todas ellas radicadas en la personalidad de los mismos. Aunque el factor ambiente sea favorable para que el sujeto pueda desarrollar sus posibilidades individuales en su evolución hacia la madurez, el sujeto no sabe aprovecharse de esas circunstancias porque no posee la capacidad o capacidades que le permitieran hacer uso de las mismas.

Y así como impulsó a las investigaciones psicológicas al establecimiento de pruebas de nivel mental y caracteriológico o de personalidad el hecho de presentar déficits en las diversas facultades anímicas, también la dificultad en el avance hacia la madurez normal en la vida social presentada por los individuos menos dotados o afectados de constitución psicopatológica ha hecho surgir las escalas de madurez social de Vineland, Bradway, Preston, con objeto de determinar los diversos grados de aquélla desde el primer año de vida hasta el final de la juventud.

Y del mismo modo que en las pruebas psicológicas el deficiente mental o inadaptado intelectual no sobrepasa el nivel mental de los doce años, aunque su edad física haya superado largamente la docena, también las pruebas de madurez social acusan la misma limitación referida a la conducta social. Se salvan las de los primeros años, que son respuesta instintiva y relación de utilidad directa personal, pero resultan inaccesibles las posteriores, en las que es necesario el uso de la reflexión, el hacerse cargo de una situación

ambiental para responder, o implica un despojarse de lo personal en favor de una postura altruista.

Y no es voluntaria la limitación; bien a pesar suyo, muchas veces, han de limitar su actuación, a causa de su déficit personal.

¿Cómo se va a pedir al deficiente mental una vida social madura, aunque tenga edad para ello, si no es capaz de ser consciente de sus propios límites y de su capacidad mental, y por lo mismo le es imposible adaptarse por sí mismo a las circunstancias y condiciones sociales?

Esa fluidez o elasticidad funcional para utilizar los actos de pensar, los contenidos mentales allí donde el interés de su persona lo reclame, les falta en mayor o menor grado; y los propios contenidos mentales son pobres y ligeros, por lo que su utilización personal tampoco es de gran valor. De ahí su dependencia prolongada de los demás, su aislamiento con respecto a las cosas y hechos, aun estando inmersos en ese mundo; su carencia de interés hacia lo de fuera y hacia su propio interior, que no son capaces de autodiscernir de manera acertada.

Sus agrupaciones son meramente externas, sin vínculos que ligen conscientemente; a lo sumo, el provecho o utilidad instintiva los liga en ciertos momentos y estabiliza un poco la agrupación, que se desmorona en cuanto ha de dejar algo de sí propio en favor de los otros, cuyas exigencias desconoce y no deja prevalecer sobre las suyas de buen grado.

Es infantil en su actuación social, marcado por el egocentrismo característico de esta etapa de la vida, en la cual no se puede pedir concepto de vida social organizada, como afirmábamos antes. Veleidoso y acompañado siempre de su abundante afectividad, que todo lo matiza y determina, cuando justamente la vida social requiere un freno y una autoinhibición del propio interés, cuando el de la convivencia lo exige.

La propia actividad profesional, que tanto beneficia al deficiente en su recuperación, ha de ser buscada y adaptada a él por los demás, teniendo en cuenta sus posibilidades psicofísicas y protegiéndole en el desempeño de sus actividades, por no saber él velar por sí mismo y menos hacerse cargo de cometidos de responsabilidad.

Pero esto no quiere decir que se le debe dejar en completa anarquía y alejado de toda norma que regule socialmente su actividad personal. No sólo no se debe, sino que hasta siente su necesidad y lo agradece el propio inadaptado. No es crear en ellos unas formas de actuar ficticias; es simplemente aprovechar lo que de instintivo existe en la conducta social, en sus primeros grados, y ejercitarlos con continuidad y paciencia para que al menos adquieran una autonomía personal hasta donde sea posible y se inicien en el trato social mínimo, más allá del cual no tendrán necesidad de desenvolverse en su vida.

LA SOCIABILIDAD COMO CUALIDAD

Definida por el Diccionario como cualidad del hombre por la que se siente inclinado naturalmente a la sociedad o para la cual tiene disposición, es la sociabilidad el resorte por el cual el deficiente es susceptible de vivir una vida humana a pesar de la merma de sus capacidades mentales. La inclinación hace referencia a lo instintivo y primario, y estas manifestaciones tienen mucha pujanza en ellos.

Por tanto, aunque inconscientemente, la sociabilidad del hombre se muestra ya cuando, poco tiempo después de su nacimiento, sonríe a sus familiares y establece con ellos relaciones afectivas, que van siendo tanto más conscientes cuanto mayor es el grado de desarrollo. La aparición del lenguaje con su perfeccionamiento progresivo y método marca ya un jalón más elevado en el desarrollo de esa cualidad social; con el lenguaje, el niño pregunta y responde a los demás, habla a las cosas que le rodean, busca el contacto con otros niños o personas para satisfacer su curiosidad.

Junto a la aportación del lenguaje, la de la marcha, por la cual, al desplazarse, el niño amplía la extensión de su ambiente y enriquece con ello ese contacto que se inició conscientemente cuando comenzó a hablar; ahora no sólo se relaciona con sus familiares, sino con distintas personas de las que hasta entonces le fueron habituales.

Y esa natural inclinación a la convivencia, la sociabilidad, es la que impulsa al chico a buscar compañeros en el juego y más tarde en el ambiente escolar, amigos en el trabajo y en el recreo que participen con él en aficiones y gustos. Y, finalmente, en la juventud y madurez, la sociabilidad se revelará bajo la forma de comprensión de los problemas de la sociedad en que está inserto, haciéndose cargo de ellos, estudiándolos y resolviéndolos desde ella, enmarcado en ella y ayudado por los demás en la resolución de los mismos para el logro de sus fines como persona.

Viene a ser, por tanto, la sociabilidad una exigencia natural por la que el hombre tiende a relacionarse con los demás en el espacio y en el tiempo y a convivir con ellos, manifestándose esa conducta social por medio de su inteligencia, carácter y temperamento, facultades que se van desarrollando y modificando en contacto con el medio ambiente social (escolar, familiar, profesional) y que paulatinamente le van configurando en su persona como miembro de una sociedad en la que tomará parte activa y en la que se encontrará perfectamente adaptado.

La *sociabilidad del deficiente* o inadaptado no presenta las características anteriores propias del normal, y esta divergencia puede observarse a través de la comunidad familiar o escolar en que desenvuelven su vida.

Ya en el ambiente familiar el deficiente que lo

es desde su nacimiento empieza a mostrar rasgos atípicos de conducta social al no sonreír o hacerlo tardamente a las personas que le rodean de ordinario. El desarrollo de la marcha y del lenguaje se demoran hasta algunos años respecto del normal, y aun en el mismo presentan dificultades que pocas veces, y a costa de mucho trabajo, lo gran superar.

No corre el niño deficiente cuando los normales ya lo hacen, y, por tanto, no inspecciona lugares ni acciones ni disfruta del medio ambiente que se le ofrece. Tampoco habla a la edad en que el niño normal comienza a expresarse oralmente con su lenguaje infantil, defectuoso, pero rico en contenido y significación, y por ello es incapaz de escuchar a otros niños que, conviviendo con él, podrían enterarle de su pequeño mundo, pues no sintoniza afectivamente con ellos. Es lógico, pues, que el caudal de sociabilidad que aporta el lenguaje sufra notable descenso en el deficiente, al perderse las relaciones que pudieran establecerse entre él y los demás niños.

Pero si no es en el ambiente familiar donde se manifiesta la deficiencia del sujeto, sino más tarde, cuando se le ha introducido en la vida escolar, son también claras las deficiencias que presenta para vivir en ese ambiente. Por una parte, si frecuenta una escuela ordinaria, al no advertir su deficiencia se observa en seguida la desigualdad entre él y sus compañeros, por ser incapaz de competir con ellos en términos iguales, debido al déficit mental que presenta.

No puede medirse con ellos ni en conversaciones ni en trabajos; las palabras del deficiente no son escuchadas por los normales, porque no tienen para ellos interés alguno. Y éstos, a su vez, no le hacen depositario de su intimidad a aquél porque no la aprehende ni estima.

Por otra parte, las relaciones afectivas entre ellos—normales y deficientes—son también laxas, pues esa vivacidad de sentimientos que los primeros poseen se halla muy apagada en el segundo. Y no es que el deficiente no ría o llorase (por el contrario, lo hace con frecuencia y a veces con gran aparato), pero no tienen sus actitudes alegre o triste una base anímica, un fondo consciente en que basarse. En la escuela ordinaria el deficiente o inadaptado intelectual queda aislado porque no puede formar grupo con los demás.

Si la escuela es especial ya se da una mayor homogeneidad, forman un todo más compacto que el que pudiera formarse en la ordinaria, pero con características peculiares: en primer lugar, no hay esa relación verdadera que se da en la convivencia normal de intimidad y conocimiento mutuo de problemas, gustos, etc., y no la hay porque son incapaces de hacerse cargo de los mismos y porque su mundo interno no goza de la riqueza de vivencias que el normal posee.

Es, pues, una sociabilidad particular por la cual actúan y se desenvuelven cada uno por separado, aunque formen una unidad espaciotemporal conservando, no obstante, su propio mundo. Es rela-

ción mecánica, más bien automática, pues siendo comunes las actividades escolares y las de internado, en su caso, ninguno de los deficientes se siente incomprendido ni advierte necesidad de relación alguna más íntima. Y esta especie de aislamiento o despegue de ellos entre sí está justificada naturalmente por la debilidad mental que les afecta y la labilidad afectiva por que atraviesa su estado anímico.

La causa de las divergencias reseñadas respecto de la sociabilidad no es otra que las manifestaciones patológicas que presentan los tres factores básicos en la producción de la conducta social: inteligencia, temperamento y carácter. En efecto, esas demoras en las relaciones afectivas, en los desarrollos motor y del lenguaje, no son sino la expresión de una pobreza intelectual, en mayor o menor grado, por la cual se restringen en gran manera las posibilidades de la cualidad de sociable.

Si observamos el temperamento podemos comprender fácilmente la poca o nula colaboración que prestan al establecimiento de relaciones sociales, ya familiares, escolares o sociales en general. Es un temperamento anómalo, cuyos trastornos se traducen en reacciones diferentes; desde el esquizoide, autista, que origina una separación o aislamiento del mundo exterior, hasta la variabilidad alternante del cicloide, que impide la relación firme a causa de los cambios, pasando por el temperamento viscoso, que persevera en un estado de ánimo determinado o se apega a una persona con tal intensidad que no da lugar a la flexibilidad necesaria en una comunidad de personas que conviven asiduamente.

Se da, pues, la paradoja de que *el deficiente, siendo el que más necesita de la sociedad, tiende menos hacia ella porque no la comprende ni estima. Falla la comprensión consciente de las relaciones sociales y asimismo la unión afectiva que las ligaría; por eso el deficiente, no comprendiendo ni sintiendo naturalmente esta convivencia, no reacciona adecuadamente a ella y es incapaz de adaptarse por sí mismo a la sociedad en que vive.*

★

Ahora se ve clara la diferencia entre socialización y sociabilidad que apuntábamos al principio. La primera sí es meta educativa completa, porque encierra todo un contenido ideal de perfección humana hacia el cual tienden las facultades todas, pero sobre todo la inteligencia, la comprensión racional.

La segunda ya no goza de esas características; mas como Dios, en su providencia infinita, nunca abandona a sus criaturas, esta cualidad de la sociabilidad supone un recurso poderoso para ejercitar a los que no poseen la integridad normal de desarrollo en una vida verdaderamente humana, aunque no sea tan compleja como la del normal. No olvidemos, sin embargo, que no será nunca interiorización de conceptos o problemas, por sencillos que sean, sino habituación para realizar actos sociales dirigida desde fuera y mecanizada después por la repetición. No obstante, felicitemos de esta posibilidad educable que aleja al deficiente de una vida totalmente vegetativa y desprovista de sentido humano.